LA REVOLUCION MEXICANA Y EL CLERO

POR RICARDO MARTINEZ DE LA TORRE

El jesuíta Valentín Sánchez, en el solemne Te Deum celebrado últimamente por el cumpleaños de Benedicto XV, encontró más provechoso para el esplendor de la Iglesia, atacar duramente la enorme labor civilizadora que lleva a cabo la revolución mejicana. Creo que más acertado habría andado nuestro buen fraile, si comenta ante su auditorio la doctrina de Cristo, trazando un paralelo entre la Palabra de Dios y la Palabra del Papa. Desde luego, esto no puede hacerlo ningún predicador, pues para eso tendría que comenzar por colgar la sotana, y no escapa a nadie los inconvenientes que trae el abandono del hábito.

¿Y qué fué lo que dijo el curita Sánchez? Impresionó a su auditorio narrándole barbaridades cometidas por las tropas federales contra los católicos. Habló de una sui géneris vacuna de tuberculosis, por la que los sagrados emisarios de Roma morían lentamente de tisis. Lenguas cortadas. Miembros crucificados. Cráneos partidos en dos como un coco de panamá. El curita Sánchez dió una leída previa a los tenebrosos manejos de la Inquisición, y luego subió al púlpito, echando frente a sus oyentes, sobre la cabeza de Méjico, los viejos pecados del clericalismo, rotulados con una nueva etiqueta.

Afortunadamente conocemos la historia. Somos gente seria, de estudio. Hemos comprendido que no se trata de vociferar insultos como los desadaptados liberales de ayer. Hechos. Números. Argumentos: he aquí nuestras nuevas armas. Preparo una obra: LA IGLESIA CONTRA EL PROLETARIADO. El curita Sánchez tendrá en ella su puesto. Se lo prometo. Ahora podrá dormir tranquilo.

Los lectores de "Amauta" están informados de la política interna mexicana. Saben perfectamente que a los frailes que lanzan a la guerra civil a los católicos, al grito de ¡Viva Cristo Rey! no se les inocula tuberculosis: Se sigue con ellos un procedimiento moderno, revolucionario: plomo. La revolución mejicana tiene la prisa de las transformaciones efectivas. No puede detenerse en el deleite cruel del martirio: eso es propio de los que son incapaces de continuar avanzando. El ejemplo de la incapacidad de la Iglesia para realizar todas las utopías que prometió a los fieles, no se borra de nuestra mente: Torquemada. Por eso la revolución fusila. Ejecuta sobre la marcha. En el campo de batalla.

¿UN NUEVO AYACUCHO?

La victoria de Ayacucho libertó políticamente a las clases medias americanas del tutelaje español. No del servilismo romano. La Iglesia se cree poderosa porque los gobiernos de la clase media la protejen como aliada contra el proletariado. Basta que el estado revolucionario adopte una actitud enérgica, como Rusia, México, Ecuador, la pretendida fortaleza se esfuma inmediatamente. Vienen entonces las protestas de pureza. Se habla de persecuciones. Martirologios. Intolerancia. Como nuestro curita Sánchez. Lo que no impide que monstruos ensotanados ataquen un tren y quemen sin misericordia a los pasajeros de ambos sexos, o se humillen a semajanza de los Jesuítas de Quito, que fueron sumisos ante el Dictador para ofrecerle ¡voluntariamente! disolver la Asociación Católica de Jóvenes. Creyeron poder utilizar como arma política un rebaño de seres que no han sentido la juventud, porque el optimismo es un estado juvenil. El optimista espera el triunfo de la equidad social. El bien es la verdad. La verdad es la justicia. La justicia es el anhelo de todos los hombres.

La actitud del clero en México y fuera no me sorprende. Es tradicional. Tampoco me sorprende el jesuíta Sánchez, encaramado en el púlpito, congestionado, vociferante.

UNA POLEMICA PUBLICA

En una famosa controversia que tuvo lugar en ciudad de México, el 4 de agosto de 1926, entre el Ingeniero Luis L. León, representante de los partidos obreros, y el Sr. Manuel Herrera Lasso, representante de la Liga de Defensa de la Libertad Religiosa, se conocieron importantísimos documentos que demostraban la culpabilidad en que el clero incurrió siempre que creyó amenazado sus intereses personales y precarios.

"En Enero de 1847, copio de esa controversia pública, el poder Republicano exhausto de fondos para hacer frente a la invasión norteamericana, buscó dinero y tuvo que acudir al único poder económico de entonces: el clero, que en aquel tiempo era el hacendado y el banquero de la República, y el 10 de Enero de 1847 el Congreso votó una ley autorizando al Gobierno de la Nación para que vendiera en subasta pública hasta 15 millones de bienes de manos muertas, y el día 15 del mismo mes se publicó el reglamento del decreto en referencia, dividiendo el monto total de aquellas contribuciones en bienes de manos muertas, entre diversos arzobispados y obispados. ¿Saben Uds. cómo respondió el clero mexicano a ese decreto, a pesar de encontrarse la Nación invadida por fuerzas extranjeras y después de traicionar a la Patria recibiendo en Puebla bajo palio al invasor americano?, pues clausuró las iglesias, pretendió amotinar al pueblo contra el Gobierno".

Continúa el conferencista leyendo comunicaciones oficiales de la época, que son un anatema para la Iglesia, y concluye en esta forma: "Ya ven Uds. si puede negarse que en el pasado ha intervenido el clero en nuestras cuestiones políticas. Siguen nuestras desgracias después del 47 y el clero continúa apoyando a los elementos conservadores y reaccionarios, y siendo el pedestal de poderío sobre el que descansaba el poder de aquel farsante sangriento del pueblo mexicano, de Santa Ana, a quien el clero le cantó Te Deums y respaldó hasta que fueron tantas sus arbitrariedades y sus exigencias dictatoriales, que el pueblo ya no pudo soportar más tiempo el régimen y los caprichos del dictador e inició ese primer movimiento organizado y de programa, movimiento dirigido por el Partido Liberal y que la historia conoce como el glorioso Plan de Ayutla. Ahora vamos llegando en la historia a una de las luchas más sangrientas y profundas que hayan conmovido a nuestra Patria: la Guerra de Reforma y la lucha contra la Intervención Francesa. Yo pregunto a todos los mexicanos, mexicanos de todos los partidos, de todas las creencias y los más recalcitrantes católicos, apostólicos, romanos, a todos los que conozcan siquiera lijeramente la historia de su patria, si se puede negar la participación del clero mexicano a favor de sus privilegios y de los intereses conservadores en la Guerra de Tres Años, primero, y si vencido el clero e intereses en esa guerra y llevadas a cabo las reformas por la inquebrantable fé y la indomable energía del Benemérito Juáres, no fué el mismo clero, en alianza con el partido Conservador, el que mendigó en el Extranjero un Emperador para un régimen que no pudo vivir ni podrá existir nunca en esta República".

Esta es la verdadera situación del clero mexicano: contra el Estado. No es una lucha religiosa. Es simplemente la defensa desesperada de una agrupación latifundista que acaparó las tres cuartas partes de la riqueza, y que no se resigna a perder el esplendor material logrado a la sombra de Cristo.

"El clero católico, continúa el ingeniero León, siempre se enfrenta con los gobiernos revolucionarios, cuando las leyes lo contienen en sus abusos; y para enfrentarse con los Gobiernos toma como pretexto la religión católica, sobre todo en estos últimos tiempos en que la libertad de conciencia en nuestro país es una conquista liberal sostenida en grandes luchas contra el clero y los partidos conservadores. La religión en asuntos de reglamentos de cultos, nada tiene que ver con la ley. Los cultos son actos públicos, ¿y en los actos públicos no tiene el Gobierno derecho a exigir seguridad para el público? "El pueblo mexicano y el Gobierno revolucionario saben muy bien que las actividades del clero se han dedicado siempre a conquistar el poder temporal, cuando todas ellas debían dirigirse a acrecentar su poder espiritual, moralizando al pueblo, que bien lo necesita".

¿Cuál es el Cristo del jesuíta Sánchez? El mismo del Licenciado Herrera Lasso, "es el Cristo que el cura de las haciendas predicaba a los peones para que vivieran dentro de la resignación y la obediencia del patrón, que era sagrado, para que se conformaran con ser siempre siervos y esclavos del hacendado. El Cristo de oro es el que predicaban los curas a sueldo de los grandes industriales, para que los obreros no pidieran aumento de jornales ni fueran a la huelga; el Cristo partidario constante de la con-